

Retos de la edición y la crítica de textos latinos*

Challenges in the Edition and Critic of Latin Texts

Javier Velaza
Universidad de Barcelona
velaza@ub.edu

RESUMEN	SUMMARY
En este trabajo se hace un breve repaso del estado de la edición y crítica textual de textos latinos y de sus perspectivas de futuro.	This paper presents a brief review of the state of edition and textual criticism of Latin texts and their future prospects.
PALABRAS CLAVE	KEY WORDS
Crítica textual, textos latinos, historia de la transmisión textual, edición de textos.	Textual criticism, Latin texts, history of the textual transmission, edition of texts.

Solo puedo comenzar estas páginas poniendo por delante que el compromiso al que los editores de *Minerva* tan amablemente me han animado supera con creces mis posibilidades. Y es que poner por escrito un balance, por sumario que sea, de los progresos que la crítica textual latina ha conseguido en los últimos tiempos está en manos solamente de unos pocos sabios entre los que, desde luego, no me encuentro¹; y realizar una prospectiva de los caminos que la edición ha de recorrer en el futuro inmediato es un ejercicio que, con probabilidad, supera al más clarividente de los filólogos. Entiéndase, pues, todo

* Mantengo como título de estas páginas el de mi intervención en el “Debate *Minerva*” del año 2103. Aunque en él se habla de “textos latinos”, mi reflexión se centra en textos latinos de época clásica, por más que la problemática sea igualmente extensible a textos medievales o humanísticos.

¹ Véanse, para ello, PECERE (1990), TARRANT (1993), DELZ (1997), REYNOLDS (2000), PÖHLMANN *et alii* (2003) o DE NONNO (2010).

cuanto sigue como una modesta y subjetiva opinión, destinada más a suscitar la reflexión y el debate que a aportar a ellos materia nueva o relevante.

Por lo demás, en un trabajo reciente he analizado ya algunos aspectos relativos a la práctica de la ecdótica en el momento actual², partiendo de un conocido y provocador artículo de Reeve³. Hice allí un breve repaso de las últimas ediciones de textos latinos, aludiendo a cuestiones como la eventual aportación de nuevos manuscritos, la revalorización de otros —especialmente los *recentiores*—, los testimonios de la transmisión indirecta o las tendencias de la *emendatio*, para aludir finalmente a las perspectivas representadas por las nuevas tecnologías. En estas líneas incidiré de nuevo sobre algunos de estos aspectos, aunque la reflexión que intentaré plantear esta vez es de tenor eminentemente conceptual, para centrarme luego en una cuestión de carácter prospectivo, el de cómo quisiéramos que fueran las ediciones del futuro.

De manera muy sumaria, el debate en torno al estado actual de la edición textual no puede expresarse mejor y más sintéticamente que recordando el aserto de Dodds en el sentido de que “nuestros textos clásicos son lo suficientemente buenos como para vivir con ellos” y, a renglón seguido, la réplica de Shackleton Bailey: “Tal vez lo son. Tal vez lo eran hace trescientos años. Todo depende del estándar de vida de cada uno”⁴. Ahora bien, un debate teórico sobre la calidad de nuestros textos se antoja más bien superfluo y desde luego estéril: ni todos nuestros textos clásicos presentan la misma riqueza de testimonios —lo que no implica, por otro lado, abundancia— ni todos han tenido la suerte de contar con la misma tradición de estudios y progresivo perfeccionamiento crítico. Así, si en los últimos años podemos disfrutar, sin ir más lejos, de tres nuevas ediciones muy meritorias —y tan diferentes entre sí!— de la *Eneida*⁵, que han de añadirse a las numerosísimas que las precedieron, son muchos todavía los textos fragmentarios, gramaticales, cristianos o medievales para los que aún hemos de recurrir a ediciones decimonónicas de discutible calidad. Este problema tiene, evidentemente, muchas causas, vinculadas las más de las veces al interés que un texto produce en un momento histórico concreto o a su fortuna como fuente para la investigación. Por desgracia, la coyuntura actual de los estudios clásicos en la mayor parte del mundo civilizado no permite albergar expectativas demasiado halagüeñas para la solución inmediata de este proble-

² VELAZA (en prensa1).

³ REEVE (2000).

⁴ TARRANT (1993) 35.

⁵ Me refiero a las de CONTE (2005); RIVERO *et alii* (2009-2011); y la edición renovada de la paraviana de GEYMONAT (2008).

ma, y para muchas obras quizás hayamos de conformarnos durante bastante tiempo con recurrir a las venerables pero desgastadas páginas de los *Monumenta Germaniae Historica* o de la *Patrologia Latina* de Migne.

Mucho más eficaz puede resultar, no obstante, la adopción de una perspectiva diferente de evaluación de nuestros textos, que no ponga el foco sobre su calidad sino sobre su propio concepto y sobre su morfología. Se trata, en fin, de preguntarnos cómo son nuestras ediciones textuales, y si son exactamente lo que deseamos o si estamos en disposición de conferirles otra —u otras— morfologías diferentes.

La labor de la crítica textual fue definida por Paul Maas en los siguientes términos: “Objetivo de la crítica textual es la restitución de un texto que se acerque lo más posible al original (autógrafo)”⁶. A primera vista, podría decirse que se trata de un propósito incuestionable y, en buena medida, ha permanecido incuestionado tanto desde un punto de vista teórico como en el plano estrictamente práctico. Pero conviene subrayar que tal definición involucra dos conceptos que distan mucho de ser indiscutibles.

a) En primer lugar, ni el concepto de ‘original’ es unívoco y universal ni tampoco resulta aceptable su identificación inmediata con el “autógrafo” del autor. Quizá no sea inútil traer a colación a este respecto un ejemplo extraído de un ámbito textual prácticamente contemporáneo que ocupa páginas enteras de prensa justo cuando ponemos por escrito estas reflexiones: el hallazgo de un manuscrito de Camilo José Cela con una redacción alternativa —y en algunos casos de tono erótico— de algunas escenas de *La colmena*. El interés de esas variantes textuales, por lo demás autógrafas, es indudable, por cuanto documentan ideas narrativas que el novelista tentó y que, sin embargo, acabó por desechar. Incorporarlas directamente —como con ligereza querrían algunos— a una edición de la novela sería un error, porque Cela dio por buena con posterioridad la versión de *La colmena* que apareció en sus *Obras completas*. La situación que documenta este ejemplo reciente no es en sustancia diferente a la que conocieron muchos textos latinos. ¿A qué hemos de llamar ‘original’ cuando hablamos, por ejemplo, del texto de Marcial, si nos consta por abundantes testimonios que de su mano salieron, y en diversas ocasiones, versiones diferentes de sus poemas y de sus libros?⁷ ¿A qué original de Ovidio habríamos de aspirar, al que configuró los *Amores* en cinco libros o al que los redujo a tres? ¿O qué de-

⁶ MAAS (1950²) 5.

⁷ VELAZA (en prensa2).

cir de los textos teatrales, que probablemente tuvieron versiones alternativas, con introducción o eliminación de actores y escenas y con finales alternativos, como el *alter exitus* de la *Andria* terenciana?⁸

Estas que hemos mencionado distan mucho de ser situaciones excepcionales: buena parte de los textos antiguos publicados en vida de su autor conocieron todo un abanico de avatares que incluyen segundas ediciones, *pentimenti* o alteraciones textuales debidas a diversas causas⁹. Y la situación no sería muy diferente en el caso de los textos inacabados: por ejemplo, podríamos aspirar idealmente a reconstruir el texto de la *Eneida* que Virgilio dejó en sus *scrinia* en el momento de su muerte, o al del poema lucreciano aparentemente también inconcluso, en la seguridad de que su carácter inédito les eximió de cualquier alternativa o variante de transmisión debidas al propio autor. Pero esa sería también una ilusión: el *idiographus* estaba con toda probabilidad plagado de variantes sobre las que el autor a veces podría o no haber tomado ya una decisión, de modo que ni siquiera en esas circunstancias la noción de ‘original’ estaría libre de discusión.

b) Pero, además de esta labilidad de la noción de ‘original’ y, en parte como consecuencia de ella, existe en la definición de Maas un segundo aspecto que conviene poner en tela de juicio: el propósito de “restituir un texto”, expresado en singular, excluye la posibilidad de restituir más de un texto o una secuencia de ellos, con la limitación que ello implica para muchos aspectos del estudio filológico de las tradiciones. No cabe duda de que el filólogo ha de aspirar idealmente a restituir ese texto —o esos textos— que salieron de la mano de su autor, pero ello no excluye la posibilidad de que intente también restituir otros “estados” de ese texto que han podido ser de capital importancia en la historia de su transmisión o incluso más relevantes que el propio “original” en la recepción del texto en las diferentes épocas y lugares. Por poner un ejemplo entre los muchos posibles, recordemos el célebre pre-proemio de la *Eneida*, que comienza *ille ego qui quondam*. Sabemos con seguridad que esos cuatro versos no son auténticos, en el sentido de que no fueron escritos por Publio Virgilio Marón. Pero sería tal vez exagerado decir que no son “virgilianos”: por lo que sabemos, se infiltraron pronto en su tradición indirecta y, aunque con altibajos, tuvieron presencia en los manuscritos medievales y en las ediciones y traducciones posteriores, prác-

⁸ VICTOR (1989); VELAZA (2007) 80-84.

⁹ Sobre las segundas ediciones es todavía de utilidad el libro de EMONDS (1941); para las manipulaciones y falsificaciones de textos, cf. MÜLKE (2007).

ticamente hasta nuestros días. Como es natural, un editor convencional de Virgilio, en tanto busca solo los *ipsissima verba Vergilii*, está en su derecho de expurgarlos de una edición crítica, relegarlos al aparato crítico o a una nota o, dependiendo de su grado de *akribéa* filológica o del de la colección en que publica, incluso eliminarlos del todo. Pero de esa manera se pierde irremediable y penosamente el testimonio de la influencia de esos versos en muchas literaturas y autores, y un lector desprevenido de esa edición nunca podrá identificar y comprender el referente de los versos “Yo soy aquel que ayer no más decía / el verso azul y la canción profana...”, de Rubén Darío.

En buena medida, nuestras ediciones son producto de la aplicación directa de esos dos principios, a saber, el de que el objeto que hemos de editar es un texto —y solo uno— y el de que ese texto es el presunto “original” del autor. Y así son desde el principio de la historia de la crítica textual: puede decirse, sin ambages, que el espíritu de nuestras ediciones contemporáneas de los clásicos es idéntico al que inspiraba a los escoliastas homéricos de Alejandría hace más de dos mil trescientos años y que, desde ahí, pasó a los críticos romanos, a los humanistas o a los filólogos decimonónicos hasta llegar a nuestro propio siglo XXI. Aristarco, Probo, Petrarca, Heinsius, Housman o Shackleton Bailey compartieron un mismo concepto de texto y de edición, por más que fueran distintas sus herramientas y sus métodos.

Como consecuencia de todo lo dicho, en las ediciones de textos que hemos sido capaces de producir hasta el momento se identifican unas características comunes de las que nos gustaría resaltar aquí tres.

1) En primer lugar, nuestras ediciones críticas son sustancialmente unidimensionales, esto es, tienen una única magnitud que se quiere correspondiente con la forma “original” del texto. Este aserto podría discutirse, claro está, aduciendo que no son planas del todo, sino que ofrecen una cierta “profundidad” en el aparato crítico. Tenga esta forma interlinear o marginal —como sucedía desde la Antigüedad y hasta la llegada de la imprenta—, o vaya a pie de página —como resulta más usual en los últimos siglos—, en él se preservan variantes que el editor considera ajenas al autor pero que formaron parte de “estadios” sucesivos de su texto. Ahora bien, aun admitiendo este argumento, habrá que aceptar que ese aparato crítico vuelve a ser en sí mismo unidimensional, por cuanto las variantes que lo constituyen y que sin duda responden a estadios cronológicamente diferentes del texto no aparecen en él organizadas de manera diacrónica, de modo que el lector tendría que hacer un esfuerzo sobrehumano

de abstracción para recomponer mentalmente la capa sincrónica del texto que desease. Volvamos por un momento sobre el caso de Virgilio, un buen banco de pruebas a causa de la enorme riqueza de su tradición: un estudioso del siglo IX o del siglo XII podría estar más interesado en el estado del texto virgiliano que se leía y, por tanto, que influía sobre una de esas épocas, que en aquel que se restituya como obra del propio mantuano. Aunque no siempre, el crítico tiene en ocasiones a su disposición testimonios suficientes de una capa cronológica o incluso geográfica como para restituir el estado del texto en el tiempo y lugar correspondientes. Y sucede igual en lo tocante a las sucesivas ediciones que del texto se hicieron a partir de la época humanística: el lector de la edición solo tiene acceso a través de ellas a algunas variantes que el editor ha considerado oportuno incluir en el aparato, pero le resulta prácticamente imposible hacerse una idea de la configuración conjunta de cada edición antigua. Conviene subrayar, por otra parte, que este carácter unidimensional es también común en la mayor parte de las ediciones de textos clásicos que hoy pueden encontrarse en versión digital o en la red. Como se dirá después, la mayor parte de ellas carece todavía de aparato crítico y está constituida por un único texto que, por más que presentado en un soporte digital, es tan plano o más que cualquier otro que se muestre en la forma convencional de soporte manuscrito —papiro o pergamino— o impreso —papel—. E incluso aquellas ediciones digitales que se esfuerzan por introducir las variantes textuales lo hacen de un modo que el aparato por ellas constituido es nuevamente unidimensional y alberga, indiferente al vector diacrónico o a variaciones geográficas, las formas desechadas en la *constitutio textus*. Se trata, en suma, de un concepto de aparato que es reflejo idéntico del de las ediciones convencionales.

2) En segundo lugar, nuestras ediciones son limitadas. Lo son de manera necesaria, por cuanto han de reducirse a un espacio físico razonable —el *volumen*, el *codex*, el libro— y a un tiempo limitado —el que su autor o autores decidan o puedan dedicarles, no más en todo caso de la expectativa de su propia vida—. El mismo procedimiento de elaboración de una edición crítica así lo impone también: si alguien se decide a editar a un autor como Tácito, tendrá bastante con colacionar un par de manuscritos y cotejar unas tres decenas de ediciones desde el Humanismo hasta nuestros días, además de valorar una tradición indirecta muy reducida. Pero si su objeto de estudio es Ovidio, puede tener que recopilar y luego leer varios cientos de códices, otras tantas ediciones, una larga serie de *testimonia*, *loci similes* y *loci paralleli* antes de pasar a las tareas de la *emendatio* y de la *constitutio textus*. En ese proceso, el editor tomará además una serie de deci-

siones de las que el lector —a menos, claro está, que sea un especialista en crítica textual él mismo— no será consciente y, desde luego, no estará en disposición de revertir: el editor determinará, por ejemplo, qué códice debe eliminarse por tratarse de un *descriptus* (operación mucho más arriesgada de lo que a menudo se supone, por cuanto la transmisión horizontal es casi siempre un fenómeno que enturbia los *stemmata* y provoca la ósmosis de variantes entre familias o líneas de tradición en principio diferentes), cuál es la autoridad de cada manuscrito o familia, qué lugares pueden ser emendados *ope codicum* y cuáles requieren la corrección *ope ingenii*, y otra serie de extremos que hacen de una edición un producto altamente subjetivo, mucho más, desde luego, de lo que estarían dispuestos a aceptar quienes creen a pies juntillas en la infalibilidad del método de raíz lachmanniano-maasiana.

3) En tercer lugar, nuestras ediciones son efímeras. Y lo son al menos en dos aspectos: el primero, el que atañe a la mayor parte de las operaciones inherentes al proceso editorial y, el segundo, en lo tocante al producto final. En efecto, el editor de un texto clásico sabe que la primera fase de su trabajo es la *recensio*, esto es, la recopilación de todos los testimonios de la obra que pretende editar. Y tal fase puede hacerse enormemente engorrosa, habida cuenta de la dispersión, a veces muy acusada, de los documentos, o de todo punto imposible, si el editor no cuenta con un soporte financiero que en ocasiones exige sumas de dinero inalcanzables. En consecuencia, el editor ha tenido que conformarse muchas veces con colaciones ajenas, o bien con fotocopias o microfilms de dudosa calidad que, desde luego, no se acercan en absoluto a la precisión de una autopsia del original. Pero, además, cuando el editor ha conseguido llegar al manuscrito, de su proceso de colación no siempre queda constancia, de modo que el editor siguiente está obligado, en una especie de maldición sisífrica, a repetir las operaciones de sus antecesores. Ese carácter efímero se extiende también al resultado de la edición: demasiadas veces se inmiscuye en el texto un error indeseable que, impreso el libro, se fosiliza incorregible a la espera de una segunda edición —*rara avis*— o bien se perpetúa por siempre, pasando incluso a nuevas ediciones y estudios críticos.

Ahora bien, si aceptamos que nuestras ediciones son unidimensionales, limitadas y efímeras, cabe preguntar: ¿lo son de manera inevitable o acaso podemos concebir ediciones que superen ese tipo de limitaciones y que nos ofrezcan posibilidades nuevas? Evidentemente, una respuesta actual a ese tipo de preguntas solo puede hacerse desde la perspectiva de las TIC's (tecnologías de la informa-

ción y la comunicación) o “nuevas tecnologías” —con adjetivo que hoy ya es más un fósil expresivo que una realidad, por cuanto comienza a tener una cierta historia a sus espaldas—. En este orden de cosas, cabe recordar que nuestra Filología Clásica no se ha comportado como una ciencia pionera en el empleo de los nuevos instrumentos tecnológicos y, cuando ha intentado hacerlo, tal vez no ha sido con los resultados apetecibles. En el ámbito concreto de la crítica textual, mucho más trabajo se ha llevado a cabo con los textos medievales —tanto en el plano teórico como práctico¹⁰—, con los romances¹¹ e incluso con los textos epigráficos, y convendrá en el futuro sacar el mayor partido posible de las enseñanzas, positivas y negativas, que esas experiencias han ido generando.

Siendo muy sintéticos, podemos decir que la crítica textual latina ha intentado aplicar las nuevas tecnologías a su protocolo de trabajo en una doble perspectiva.

a) Hace ya tres décadas que Ghislaine Viré, preparando una nueva edición del texto de Higino, emprendió una iniciativa pionera en el ámbito de la Filología Clásica. Su objetivo era colacionar treinta y siete manuscritos del *De astronomia* en la forma —vista ahora, muy rudimentaria— de tarjetas horadadas, de modo y manera que, a partir de esa colación, el propio ordenador generara las relaciones entre los códices y su *stemma*. Viré publicó un volumen que, a la manera de los antiguos *Prolegomena*, dejaba a las claras su método de trabajo, pero a diferencia de aquellos, trataba sobre informática y clasificación de manuscritos¹². El resultado final de su experiencia distó mucho, sin embargo, de ser satisfactorio y, hasta donde sabemos, no se ha vuelto a repetir en nuestro ámbito. Es precipitado, desde luego, poner límites a las posibilidades futuras de las computadoras, pero parece que las operaciones propias de la crítica textual, vinculadas a la sensibilidad lingüística y al gusto estético, son precisamente el tipo de competencias que no parecen estar cerca de desarrollar. Los críticos textuales han de ver en los ordenadores unas herramientas indispensables, casi unos compañeros necesarios de trabajo, pero no unos competidores destinados a sustituirlos —o eso parece—.

b) En los últimos años la aplicación de las nuevas tecnologías a las ediciones de textos parece haberse olvidado de los ámbitos estrictos del proceso editorial

¹⁰ Véanse, por ejemplo, CRANE (2010); ROBINSON (2003), (2005), (2007), (2009a) y (2009b); SCHREIBMAN-SIEMENS-UNSWORTH (2004).

¹¹ FERRARI (1998).

¹² VIRÉ (1986).

—esto es, la *recensio*, la *collatio*, la *emendatio* y la *contitutio textus*— y se ha restringido al ámbito estricto de la presentación. Existen numerosas iniciativas —por lo demás, bien conocidas— que ofrecen en la red versiones digitales de textos clásicos¹³. Entre los más consultados, podemos mencionar los proyectos *Perseus*, *Bibliotheca Augustana*, *Latin Library* o *Forum Romanum* —en versión abierta— o *Brepolis Latin* —de suscripción—. Se trata por lo general de colecciones de textos meramente informatizados que reproducen ediciones antiguas, no siempre identificadas ni recomendables y, desde luego, sin aparato crítico. Su utilidad es, de esta manera, muy relativa: si tienen la ventaja de poner a disposición inmediata de cualquier usuario con acceso a la red una parte considerable de los textos literarios latinos¹⁴, apenas si garantizan la fiabilidad de esos textos ni permiten al lector hacerse una idea de qué tratamiento se ha dado a su tradición. En este contexto, están despuntando las primeras iniciativas para perfeccionar el carácter científico de estos archivos digitales: un buen ejemplo de ello puede ser el proyecto *Musisque Deoque*, dirigido por Paolo Mastandrea en la Universidad de Venecia, que pretende ofrecer toda la poesía latina en ediciones recomendables y con un aparato crítico en hipertexto.

Algunos pasos más se han dado en el terreno de otros textos de la Antigüedad clásica, los epigráficos y los papiros. Existen varios proyectos que aspiran a poner en la red las inscripciones romanas conocidas, con mayor o menor ambición en lo tocante a la cantidad de información contextual que cada uno de los bancos de datos ofrece: entre ellos cumple destacar *Epigraphische Datenbank Heidelberg* (EDH), *Epigraphische Datenbank Clauss-Slaby*, *Electronic Archive of Greek and Latin Epigraphy* (EAGLE), *Epigraphic Database Bari* (EDB), *Epigraphic Database Roma* (EDR) o *Hispania Epigraphica OnLine* (HEpOL). Con ser instrumentos muy útiles, hasta el momento casi todos adolecen del mismo problema, el de ofrecer un texto unívoco sin referencia a las variantes epigráficas. Cabe señalar, no obstante, que existen también iniciativas de “corporización” epigráfica online que se han esforzado por buscar soluciones especiales a la presentación del aparato crítico epigráfico: valga como ejemplo el *Banco de Datos Hesperia*, que está en vías de reunir todo el material epigráfico relativo a las culturas paleohispánicas¹⁵. Por lo que respecta a los papiros, la página *POxy: Oxyrhynchus Online* constituye hasta el momento el proyecto más ambicioso de su género.

¹³ Un repertorio crítico de estas páginas puede verse en MARTÍN-CONDE (2004) y (2005).

¹⁴ De los textos no literarios y técnicos todavía hay grandes carencias.

¹⁵ <<http://hesperia.ucm.es/>>.

En definitiva, parece evidente que la crítica y edición de los textos clásicos —y, por lo que a nosotros nos interesa explícitamente aquí, latinos— no ha encontrado todavía una relación con las nuevas tecnologías que le permita plantear un nuevo paradigma. No se trata, a mi modo de ver, de utilizar la pantalla —en última instancia igual de plana que el papel— como nueva forma de visualizar un texto, sino de aprovechar las características del soporte virtual para conferir a la edición textual nuevas posibilidades. Si hemos identificado en la unidimensionalidad, en la limitación y en la caducidad los tres defectos más importantes de nuestras ediciones convencionales, las nuevas herramientas tecnológicas pueden ayudarnos a paliarlos. En el caso del primero, es evidente que el espacio virtual es intrínsecamente pluridimensional y permite niveles de hipertextualidad casi infinitos. En el momento actual, además, se ha avanzado mucho —aunque no lo suficiente— en los sistemas de marcaje de textos, y es muy verosímil que en los próximos años asistamos a un perfeccionamiento muy importante de este tipo de herramientas. Resulta así cada vez más posible disponer de una plataforma compleja pero a la vez unitaria en la que, a partir de una *recensio* completa de testimonios y de una *collatio* simultánea y directa de los códices, se acceda a la descripción y determinación de los diferentes estadios textuales —con la posibilidad de individualizarlos y generar “ediciones” cronológicamente determinadas de cada estadio—, para retroceder, cuando ello sea posible, hacia el estado ideal del texto de autor. Paralelamente, la plataforma puede incorporar la posibilidad de generar de manera automática y actualizada instrumentos filológicos como léxicos, concordancias, herramientas prosopográficas, de métrica, estilística, etc. Ni que decirse tiene que también la limitación física inherente a la forma del libro queda superada en el formato digital —que, además, ofrece la posibilidad de convertirse en libro de manera inmediata— y se corrige el factor de caducidad, por cuanto los materiales están disponibles en todo momento de una manera acumulativa y cualquier error es inmediatamente subsanable. Sobre estos principios se asienta el proyecto *LLoL: Latin Literature onLine / Literatura Latina onLine* en el que estamos trabajando en estos momentos y que pretende ser el germen de una plataforma internacional sobre edición de textos en red.

En 1993 Michael Winterbottom insinuaba que tal vez hubiéramos alcanzado ya “lo que pudieran ser las últimas décadas de la edición sistemática de textos clásicos”¹⁶. Resulta difícil compartir tal perspectiva. Más aún, la crítica de textos y el estudio de las tradiciones textuales —no se olvide, labores insepara-

¹⁶ WINTERBOTTOM (1993) 431-432.

bles, como demostró en su obra fundacional Giorgio Pasquali¹⁷ — se nos antojan todavía disciplinas jóvenes, con grandes retos por delante. En ellos tendrán sin duda un gran protagonismo las máquinas, capaces de ofrecer cada día mayores y mejores prestaciones y de modificar con ellas también el método de trabajo. Pero la responsabilidad última continuará siendo, y para siempre, del crítico. Como sucede desde Aristarco, restituir un texto a su autenticidad y su pureza continúa siendo un hermoso sueño, y solo pueden soñar los hombres.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- CONTE, G.B. (2005), *P. Vergilius Maro. Aeneis*, Berlín-Nueva York, De Gruyter.
- CRANE, G. (2010), "Give us editors! Re-inventing the edition and re-thinking the humanities", en J. MCGANN (ed.), *Online Humanities Scholarship: The Shape of Things to Come*. <<http://cnx.org/content/col11199/1.1/>>. Consultado el 10.4.2014.
- DE NONNO, M. (2010), "Transmission and Textual Criticism", en A. BARCHIESI-W. SCHEIDEL, *The Oxford Handbook of Roman Studies*, Oxford, Oxford University Press, 31-48.
- DELZ, J. (1997), "Textkritik und Editionstechnik", en F. GRAF (ed.), *Einleitung in die lateinische Philologie*, Stuttgart-Leipzig, De Gruyter, 51-73.
- EMONDS, H. (1941), *Zweite Auflage im Altertum*, Leipzig, O. Harrassowitz.
- FERRARI, A. (ed.) (1998), *Filologia classica e filologia romanza: esperienze ecdotiche a confronto*, Spoleto, Centro italiano di studi sull'alto Medioevo.
- GEYMONAT, M. (2008), *P. Vergili Maronis opera edita anno MCMLXXIII iterum recensuit...*, Roma, Edizioni di Storia e Letteratura.
- MAAS, P. (1950²), *Textkritik*, Leipzig, Teubner.
- MARTÍN, C.-M. CONDE (2004), "Aproximación a las ediciones de los autores latinos clásicos en Internet (I)", *RELat* 4, 223-238.
- MARTÍN, C.-M. CONDE (2005), "Aproximación a las ediciones de los autores latinos postclásicos y tardíos en Internet (II)", *RELat* 5, 297-327.
- MÜLKE, M. (2007), *Der Autor und sein Text. Die Verfälschung des Originals im Urteil antiker Autoren*, Berlín-Nueva York, De Gruyter.
- PASQUALI, G. (1934), *Storia della tradizione e critica del testo*, Florencia, Felice Le Monnier.
- PECERE, O. (1990), "I meccanismi della tradizione testuale", en G. CAVALLO-P. FEDELI-A. GIARDINA (eds.), *Lo spazio letterario di Roma antica*. 3. *La ricezione del testo*, Roma, Salerno, 297-386.
- PÖHLMANN, E. et alii (2003), *Einführung in die Überlieferungsgeschichte und in die Textkritik der antiken Literatur*, 2 vols., Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft.
- REEVE, M.D. (2000), "Cuius in Usum? Recent and Future Editing", *JRS* 90, 196-206.
- REYNOLDS, L.D. (2000), "Experiences of an Editor of Latin Classical Texts", *Revue d'Histoire des Textes* 30, 1-15.
- REYNOLDS, L.D. (ed.) (1983), *Texts and Transmission: A Survey of the Latin Classics*, Oxford, Clarendon Press.
- RIVERO, L. et alii (2009-2011), *Virgilio. Eneida*, Madrid, CSIC.

¹⁷ PASQUALI (1934).

- ROBINSON, P.M.W. (2003), "Where We Are with Electronic Scholarly Editions, and Where We Want to Be", *Jahrbuch für Computerphilologie* 5, 125-146. <<http://computerphilologie.uni-muenchen.de/jg03/robinson.html>>. Consultado el 10.4.2014.
- ROBINSON, P.M.W. (2005), "Current issues in making digital editions of medieval texts—or, do electronic scholarly editions have a future?", *Digital Medievalist* 1. <<http://www.digitalmedievalist.org/journal/1.1/robinson/>>. Consultado el 10.4.2014.
- ROBINSON, P.M.W. (2007), "Current Directions in the Making of Digital Editions: Towards Interactive Editions", *Ecdotica* 4, 176-190.
- ROBINSON, P.M.W. (2009a), "The Ends of Editing", *Digital Humanities Quarterly* 33. <<http://digitalhumanities.org/dhq/vol/3/3/000051/000051.html>>. Consultado el 10.4.2014.
- ROBINSON, P.M.W. (2009b), "Towards a Scholarly Editing System for the Next Decades", en G. HUET-A. KULKARNI-P. SCHARF (eds.), *Sanskrit Computational Linguistics*, Heidelberg, Springer, 346-357.
- SCHREIBMAN, S.-R. SIEMENS-J. UNSWORTH (eds.) (2004), *A Companion to Digital Humanities*, Oxford, Blackwell Publishing. <<http://www.digitalhumanities.org/companion/>>. Consultado el 10.4.2014.
- TARRANT, R.J. (1993), "L'édition de la littérature latine classique", en J. HAMESSE (ed.), *Les problèmes posés par l'édition critique des textes anciens et médiévaux*, Lovaina La Nueva, Université Catholique de Louvain, 1-56 (= "The Editing of Classical Latin Literature", en D.C. GREETHAM [ed.], *Scholarly Editing. A Guide to Research*, Nueva York, Modern Language Association, 1995, 94-148).
- VELAZA, J. (2007), *La historia del texto de Terencio en la Antigüedad*, Barcelona, Universidad de Barcelona.
- VELAZA, J. (en prensa1), "¿La ecdótica en la encrucijada? (Reflexiones sobre el futuro de la edición de textos latinos de época clásica)", *Actas del XII Congreso Nacional de Estudios Clásicos* (Logroño 2011).
- VELAZA, J. (en prensa2), "Martial", en J. VELAZA (ed.), *Protohistory of the Text*.
- VICTOR, B. (1989), "The alter exitus Andriae", *Latomus* 48, 63-74.
- VIRÉ, G. (1986), *Informatique et classement de manuscrits. Essai méthodologique sur le De astronomia d'Hygin*, Bruselas, Université de Bruxelles.
- WINTERBOTTOM, M. (1993), recensión a C. MORESCHINI, *Apulei Platonici Madaurensis opera quae supersunt*. Vol. 3. *De philosophia libri*, CR 107, 31-32.